Número suelto € 1,00. Número atrasado € 2,00

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum *Non praevalebunt*

Año XLIII, número 27 (2.218) Ciudad del Vaticano 3 de julio de 2011

Fiesta de San Pedro y San Pablo: el Papa celebra su 60º aniversario sacerdotal imponiendo el palio a 41 metropolitanos

Seis décadas de la ordenación sacerdotal de Joseph Ratzinger

El momento más importante de mi vida

En el esencial y límpido relato autobiográfico publicado en 1997 —cuyo original alemán se titula *Aus meinem Leben. Erinnerungen 1927-1977* («De mi vida. Recuerdos, 1927-1977»)— Joseph Ratzinger evoca con vívida sencillez su ordenación sacerdotal. Quien impuso las manos, el 29 de junio de 1951 en Frisinga, sobre el diácono de veinticuatro años, sobre su hermano mayor Georg y sobre otros 42 jóvenes, fue un gran protagonista del catolicismo alemán: el cardenal Michael von Faulhaber (1869-1952), biblista y patrólogo insigne, arzobispo de Munich y Frisinga desde 1917, quien en los oscuros años del Tercer Reich se había convertido en uno de los más valientes críticos hacia el régimen hitleriano.

«Al menos los dos últimos meses pude dedicarme enteramente al gran paso: la ordenación sacerdotal, que recibimos en la catedral de Frisinga de manos del cardenal Faulhaber en la fiesta de los santos Pedro y Pablo del año 1951. Éramos más de cuarenta candidatos; cuando fuimos llamados respondíamos *Adsum*: "Aquí estoy". Era un espléndido día de verano que permanece inolvidable como el momento más importante de mi vida. No se debe ser supersticioso, pero en el momento en que el anciano arzobispo impuso sus manos sobre las mías, un pajarillo —tal vez una alondra— se elevó del altar mayor de la catedral y entonó un breve canto gozoso; para mí fue como si una voz de lo alto me dijese: "Va bien así, estás en el camino justo". Siguieron después cuatro semanas de verano que fueron como una única y gran fiesta. El día de la primera misa [el 8 de julio, en Traunstein], nuestra iglesia parroquial de San Osvaldo estaba iluminada en todo su esplendor y la alegría, que casi se tocaba, envolvió a todos en la acción sacra, en la forma vivísima de una "participación activa", que no tenía necesidad de una particular actividad exterior. Estábamos invitados a llevar a todas las casas la bendición de la primera misa y fuimos acogidos en todas partes —también entre personas completamente desconocidas— con una cordialidad que hasta aquel momento no me podría haber imaginado. Experimenté así muy directamente cuán grandes esperanzas ponían los hombres en sus relaciones con el sacerdote, cuánto esperaban su bendición, que viene de la fuerza del sacramento. No se trataba de mi persona ni de la de mi hermano: ¿qué podían significar, por sí mismos, dos hermanos, como nosotros, para tanta gente que encontrábamos? Veían en nosotros unas personas a las que Cristo había confiado una tarea para llevar su presencia entre los hombres; así, justamente porque no éramos nosotros quienes estábamos en el centro, nacían tan rápidamente relaciones amistosas».

Sacerdote desde hace sesenta años, Joseph Ratzinger desarrolla cada día con humildad y transparencia la tarea de hacer presente al único Señor del mundo y de la historia entre las mujeres y los hombres de nuestro tiempo, haciendo siembra en sus almas. Por ello —seguro de interpretar no sólo a quien se reconoce en la Iglesia católica, sino a muchísimas otras personas en todo el mundo— «L'Osservatore Romano» ofrece a Benedicto XVI su felicitación. Y repite por él las palabras de la antigua oración por el Papa, invocando de Cristo protección y la única felicidad que cuenta: *Dominus conservet eum, et vivificet eum, et beatum faciat eum in terra, et non tradat eum in animam inimicorum eius*.

El sacerdocio de Benedicto XVI

GIOVANNI MARIA VIAN

Desde 1897, durante el largo pontificado de León XIII, un Papa no celebraba el sexagésimo aniversario de su ordenación sacerdotal. Y Benedicto XVI lo ha hecho, alcanzando esta meta poco habitual en la fiesta de san Pedro y san Pablo —los apóstoles patronos de la *Roma felix* cantada por los peregrinos medievales y luego por la liturgia— en una espléndida jornada de verano. Precisamente como aquella del 29 de junio de 1951 en Freising, cuando el venerable cardenal Michael von Faulhaber impuso las manos sobre la cabeza de Joseph Ratzinger, de su

SIGUE EN LA PÁGINA 4

Carta del Pontífice en el 150º aniversario de «L'Osservatore Romano»

Un servicio a la verdad y a la justicia

Con ocasión del 150º aniversario de la fundación de nuestro periódico, cuyo primer ejemplar salió el 1 de julio de 1861, el Santo Padre ha enviado a nuestro director un hermoso mensaje, en el que destaca su servicio a la verdad y a la justicia en un «largo y significativo camino lleno de alegrías, de dificultades, de compromiso, de satisfacciones y de gracia».

PÁGINA 3

En el Ángelus del 29 de junio, en el 60º aniversario de su ordenación sacerdotal, Benedicto XVI agradece las felicitaciones

Agradezco al Señor su llamada

Queridos hermanos y hermanas:

Perdonad el largo retraso. La misa en honor de los santos Pedro y Pablo ha sido larga y hermosa. Y hemos meditado también en ese hermoso himno de la Iglesia de Roma que comienza con las palabras: «*O Roma felix!*». Hoy en la solemnidad de los santos Pedro y Pablo, patronos de esta ciudad, cantamos así: «Dichosa Roma, porque fuiste empurpurada por la preciosa sangre de estos grandes príncipes. No para tu alabanza, sino por sus méritos ¡superas toda belleza!». Como cantan los himnos de la tradición oriental, los dos grandes Apóstoles son las «alas» del conocimiento de Dios, que han recorrido la tierra hasta sus confines y han subido al cielo; son también las «manos» del Evangelio de la gracia, los «pies» de la verdad del anuncio, los «ríos» de la sabiduría, los «brazos» de la cruz (cf. *MHN* t. 5, 1899, p. 385). El testimonio de amor y de fidelidad de los santos Pedro y Pablo ilumina a los pastores de la Iglesia, para llevar a los hombres a la verdad, formándolos en la fe en Cristo. San Pedro, en particular, representa la unidad del colegio apostólico. Por este motivo, durante la liturgia celebrada esta mañana en la basílica vaticana, impuse a 41 arzobispos metropolitanos el *palio*, que manifiesta la comunión con el Obispo de Roma en la misión de guiar al pueblo de Dios a la salvación. Escribe san Ireneo, obispo de Lyon, en el siglo II, que en la Iglesia de Roma, «*propter potentiorem principalitatem*» [por su peculiar principalidad], deben converger todas las demás Iglesias, es decir, los fieles que están en todas partes, porque en ella se ha custodiado siempre la tradición que viene de los Apóstoles (*Adversus haereses,* III, 3, 2).

Es la fe profesada por Pedro la que constituye el fundamento de la Iglesia: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo», dice el Evangelio de san Mateo (16, 16). El primado de Pedro es una predilección divina, como lo es también la vocación sacerdotal: «porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, —dice Jesús— sino mi Padre que está en los cielos» (*Mt* 16, 17). Así sucede a quien decide responder a la llamada de Dios con la totalidad de la propia vida. Lo recuerdo de buen grado en este día, en el que se cumple el sexagésimo aniversario de mi ordenación sacerdotal. Gracias por vuestra presencia, por vuestras oraciones. Os doy las gracias a todos vosotros, pero sobre todo doy gracias al Señor por su llamada y por el ministerio que me ha confiado, y expreso mi agradecimiento a todos los que en esta circunstancia me han manifestado su cercanía y sostienen mi misión con la oración, que de todas las comunidades eclesiales sube incesantemente hacia Dios (cf. *Hch* 12, 5), traduciéndose en adoración a Cristo Eucaristía para acrecentar la fuerza y la libertad de anunciar el Evangelio. En este clima, me alegra saludar cordialmente a la delegación del Patriarcado ecuménico de Constantinopla, presente hoy en Roma, siguiendo la significativa tradición, para venerar a los santos Pedro y Pablo y compartir conmigo el anhelo de la unidad de los cristianos querida por el Señor. Invoquemos con confianza a la Virgen María, Reina de los Apóstoles, para que todo bautizado se convierta cada vez más en una «piedra viva» que construya el reino de Dios.

Presentación de la XXVI Jornada mundial de la juventud

Se espera en Madrid a más de un millón de jóvenes

Para la Iglesia es una cita ya tradicional; para España se considera un gran acontecimiento; para los jóvenes es una etapa importante de su camino. Es la Jornada mundial de la juventud que, al llegar este año a su XXVI edición, se celebrará en Madrid del 16 al 21 de agosto. Hasta hoy ya se cuenta con alrededor de 400.000 inscritos, una cifra nunca antes alcanzada en el pasado comparando el mismo período y considerando que muchos se inscriben en el último momento. Lo puso de relieve el cardenal Stanisław Ryłko, presidente del Consejo pontificio para los laicos, el martes 28 de junio por la mañana, durante la conferencia de prensa de presentación realizada en la Oficina de información de la Santa Sede.

Según las previsiones, la cifra de los participantes ascenderá seguramente a un millón, como ocurrió en París y en Roma. Al menos 14.000 sacerdotes acompañarán a los jóvenes. Los obispos serán 744, de los cuales 263 son catequistas. Las catequesis se tendrán en 250 lugares distintos y se desarrollarán en 30 lenguas. Además, se han preparado 700.000 copias de Youcat en seis lenguas y las distribuirán los 22.500 voluntarios provenientes de todos los continentes. Como ha confirmado el cardenal Ryłko, antes de llegar a Madrid los jóvenes harán etapas en 68 diócesis españolas, confirmando el compromiso de toda la Iglesia ibérica en la experiencia de la Jornada mundial de la juventud.

En su intervención, el cardenal Antonio María Rouco Varela, arzobispo de Madrid, recordó que ya había acogido al Papa durante la JMJ de Santiago de Compostela. Luego, dio el anuncio de la erección de la Universidad eclesiástica de San Dámaso, hasta ahora Institución académica San Dámaso.

Yago de la Cierva, director ejecutivo de la JMJ de Madrid, proporcionó algunos datos sobre la organización. Dijo que se ha procurado respetar los principios de sobriedad en el gasto de los recursos dado el difícil momento en que se encuentra España y no sólo ella. Se estima que se gastarán entre 55 y 62 millones de euros con un reingreso, en términos de beneficios para la capital, de al menos 100 millones de euros, según los cálculos del Ayuntamiento y de la Cámara de comercio. Se han respetado los criterios de transparencia al asignar los contratos públicos y se ha pedido la intervención del Gobierno central para declarar la JMJ un gran evento, de modo que se favorezca una política de desgravación fiscal, en particular para atraer fondos de las empresas. De la Cierva precisó que ninguna ayuda económica ha provenido de las administraciones públicas, pero que ha obtenido la concesión de visas gratuitas para los 60.000 jóvenes que vienen de países del tercer mundo.

Elsa Vázquez Maggio —voluntaria mexicana, pero de ciudadanía australiana, que se ocupa a tiempo completo desde hace un año de la organización de la JMJ— posteriormente contó la experiencia de algunos jóvenes procedentes de varias naciones. Anunció, entre otras cosas, que gracias a un permiso especial recién concedido por las autoridades penitenciarias de Madrid, un grupo de detenidos participará en la JMJ. Doce voluntarios, en cambio, dos por cada continente, tendrán la suerte de almorzar junto a Benedicto XVI. José Antonio Martínez Fuentes, responsable de las acreditaciones, refirió algunos datos sobre los participantes. En especial, destacó que la mayor parte viene de Europa, seguida por América, Asia, África y Oceanía.

L'OSSERVATORE ROMANO
EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA
Unicuique suum *Non praevalebunt*

00120 Ciudad del Vaticano
ed.espanola@ossrom.va
http://www.osservatoreromano.va
TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE «L'OSSERVATORE ROMANO»

GIOVANNI MARIA VIAN
director

Carlo Di Cicco
subdirector

Arturo Gutiérrez L.C.
encargado de la edición

don Pietro Migliasso S.D.B.
director general

Redacción
via del Pellegrino, 00120 Ciudad del Vaticano
teléfono 39 06 698 99410
telefax 39 06 698 81412

Servicio fotográfico
photo@ossrom.va

Publicidad Publicinque s.r.l.
via Fattori 3/C, 10141 Torino,
torino@publicinque.it

Tarifas de suscripción: Italia - Vaticano: € 58.00; Europa (España + IVA): € 100.00 - $ 148.00; América Latina, África, Asia: € 110.00 - $ 160.00; América del Norte, Oceanía: € 162.00 - $ 240.00. Administración: 00120 Ciudad del Vaticano, teléfono + 39 06 698 99 480, fax + 39 06 698 85 164, e-mail: suscripciones@ossrom.va.

En México: Arquidiócesis primada de México. Dirección de Comunicación Social. San Juan de Dios, 222-C. Col. Villa Lázaro Cárdenas. CP 14370. Del. Tlalpan. México, D.F.; teléfono + 52 55 5594 11 25, + 52 55 5518 40 99; e-mail: losservatore@prodigy.net.mx, or.mexico@ossrom.va.
En Argentina: Arzobispado de Mercedes-Luján; calle 24, 735, 6600 Mercedes (B), Argentina; teléfono y fax + 2324 428 102/432 412; e-mail: osservatoreargentina@yahoo.com.
En Perú: Editorial salesiana, Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú; teléfono + 51 42 357 82; fax + 51 431 67 82; e-mail: editorial@salesianos.edu.pe.

Carta de Benedicto XVI en el 150º aniversario de fundación de «L'Osservatore Romano»

Un servicio a la verdad y a la justicia

Al ilustrísimo señor
Profesor GIOVANNI MARIA VIAN
Director de
«L'Osservatore Romano»

Para un periódico diario ciento cincuenta años de vida son un período realmente considerable, un largo y significativo camino lleno de alegrías, de dificultades, de compromiso, de satisfacciones y de gracia. Por tanto, este importante aniversario de «L'Osservatore Romano» —cuyo primer número salió con fecha de 1 de julio de 1861— es ante todo motivo de acción de gracias a Dios *pro universis beneficiis suis*; es decir, por todo lo que su Providencia ha dispuesto en este siglo y medio, durante el cual el mundo ha cambiado profundamente, y por lo que dispone hoy, cuando los cambios son continuos y cada vez más rápidos, sobre todo en el campo de la comunicación y de la información.

Al mismo tiempo, este feliz aniversario brinda también la ocasión para algunas reflexiones sobre la historia y el papel de ese periódico, llamado habitualmente «el diario del Papa». Así pues —como dijo Pío XI, de venerada memoria, en 1936, hace exactamente setenta y cinco años—, se nos invita a «analizar, por una parte, el camino recorrido y, por otra, el que queda por recorrer», subrayando sobre todo la singularidad y la responsabilidad de un diario que desde hace un siglo y medio da a conocer el Magisterio de los Papas y es uno de los instrumentos privilegiados al servicio de la Santa Sede y de la Iglesia.

«L'Osservatore Romano» surgió en un contexto difícil y decisivo para el Papado, con la conciencia y la voluntad de defender y sostener las razones de la Sede Apostólica, que parecía amenazada por fuerzas hostiles. Fundado por iniciativa privada con el apoyo del Gobierno pontificio, este folio vespertino se definió «político-religioso», proponiéndose como objetivo la defensa del principio de justicia, con la convicción, fundada en la palabra de Cristo, de que el mal no tendrá la última palabra. Ese objetivo y esa convicción se expresaron con los dos célebres lemas latinos —el primero, tomado del derecho romano; y el segundo, del texto evangélico— que, desde el primer número de 1862, se leen bajo su cabecera: *Unicuique suum* y, sobre todo, *Non praevalebunt* (*Mt* 16, 18).

En 1870 el fin del poder temporal —percibido luego como providencial a pesar de atropellos y actos injustos sufridos por el Papado— no arrastró consigo a «L'Osservatore Romano», ni hizo inútiles su presencia y su función. Más aún, quince años más tarde, la Santa Sede decidió adquirir su propiedad. El control directo del diario por parte de la autoridad pontificia aumentó con el tiempo su prestigio y autoridad, que crecieron ulteriormente a continuación, sobre todo por la línea de imparcialidad y valentía mantenida frente a las tragedias y los horrores que marcaron la primera mitad del siglo XX, eco «fiel de una institución internacional y supranacional», como escribió el cardenal Gasparri en 1922.

Se sucedieron entonces acontecimientos trágicos: la primera guerra mundial, que devastó Europa cambiando su rostro; la consolidación de los totalitarismos, con ideologías nefastas que negaban la verdad y oprimían al hombre; y, por último, los horrores del Holocausto y de la segunda guerra mundial. En esos años tremendos, y luego durante el período de la guerra fría y de la persecución anticristiana llevada a cabo por los regímenes comunistas en muchos países, a pesar de la escasez de medios y de fuerzas, el diario de la Santa Sede supo informar con honradez y libertad, sosteniendo la obra valiente de Benedicto XV, de Pío XI y de Pío XII en defensa de la verdad y de la justicia, único fundamento de la paz.

De la segunda guerra mundial «L'Osservatore Romano» pudo así salir con la cabeza alta, como enseguida reconocieron voces laicas autorizadas y como en 1961, con ocasión del centenario del diario, escribió el cardenal Montini, que dos años después llegaría a ser Papa con el nombre de Pablo VI: «Sucedió como cuando en una sala se apagan todas las luces, y sólo queda encendida una: todas las miradas se dirigen hacia la que quedó encendida; y por suerte esa era la luz vaticana, la luz serena y flameante, alimentada por la luz apostólica de Pedro. "L'Osservatore" se presentó entonces como lo que, en esencia, es siempre: un faro orientador».

En la segunda mitad del siglo XX el diario comenzó a circular en todo el mundo a través de una serie de ediciones periódicas en distintas lenguas, que ya no se imprimen sólo en el Vaticano: actualmente son ocho, entre las cuales, desde 2008, también la versión en malayalam publicada en la India, la primera enteramente en caracteres no latinos. A partir de ese mismo año, en una época difícil para los medios de comunicación tradicionales, la difusión está sostenida por la unión con otras cabeceras en España, en Italia y en Portugal, y ahora también por una presencia en internet cada vez más eficaz.

Diario «singularísimo» por sus características únicas, «L'Osservatore Romano», en este siglo y medio, ante todo ha dado cuenta del servicio prestado a la verdad y a la comunión católica por parte de la Sede del Sucesor de Pedro. Así, el periódico ha recogido puntualmente las intervenciones pontificias, ha seguido los dos Concilios celebrados en el Vaticano y las numerosas Asambleas sinodales, expresión de la vitalidad y de la riqueza de dones de la Iglesia, pero no se ha olvidado nunca de evidenciar también la presencia, la obra y la situación de las comunidades católicas en el mundo, que a veces viven en condiciones dramáticas.

En este tiempo —marcado a menudo por la falta de puntos de referencia y por la exclusión de Dios del horizonte de muchas sociedades, incluso de antigua tradición cristiana— el periódico de la Santa Sede se presenta como un «diario de ideas», como un órgano de formación y no sólo de información. Por eso debe saber mantener fielmente la tarea llevada a cabo en este siglo y medio, con atención también al Oriente cristiano, al irreversible compromiso ecuménico de las diversas Iglesias y comunidades eclesiales, a la búsqueda constante de amistad y colaboración con el judaísmo y con las demás religiones, al debate y a la confrontación cultural, a la voz de las mujeres y a los temas bioéticos que plantean cuestiones decisivas para todos. Continuando la apertura a nuevas firmas —entre ellas las de un número cada vez mayor de colaboradoras— y acentuando la dimensión y el alcance internacionales presentes desde los orígenes del periódico, después de ciento cincuenta años de una historia de la que puede sentirse orgulloso, «L'Osservatore Romano» sabe expresar así la cordial amistad de la Santa Sede hacia la humanidad de nuestro tiempo, en defensa de la persona humana creada a imagen y semejanza de Dios y redimida por Cristo.

Por todo esto, deseo expresar mi gratitud a todos los que, desde 1861 hasta hoy, han trabajado en el diario de la Santa Sede: a los directores, a los redactores y a todo el personal. A usted, señor director, y todos los que colaboran actualmente en este entusiasmante, comprometedor y benemérito servicio a la verdad y a la justicia, así como a los bienhechores y a los que lo sostienen, aseguro mi constante cercanía espiritual y les envío de corazón una especial bendición apostólica.

Vaticano, 24 de junio de 2011

Benedictus PP XVI

Entrevista a Olegario González de Cardedal

Día y noche como herrero en la fragua

MARTA LAGO

Al recibir el «Premio Ratzinger» se agolpan los recuerdos, con precisión y orden, en el profesor Olegario González de Cardedal –prefiere que le llamen afectuosamente don Olegario–. No oculta su emoción y describe su labor teológica –y pedagógica– con la imagen de un herrero en su fragua y yunque, forjando el metal noche y día. Don Olegario ha llevado la teología a los sitios donde pudiera tener un lugar digno, sea la televisión, la prensa nacional, la Real academia española de ciencias morales y políticas y, por supuesto, en primer lugar la universidad. Castellano nacido en Ávila, se enorgullece de su procedencia rural, mundo abierto –apunta conversando con «L'Osservatore Romano»– de alta montaña y colinas. Ha forjado medio centenar de términos para poder decir en lengua española –precisa y moderna– cuanto ha cincelado la mejor teología y lo que otras teologías europeas han dicho. Con el «Premio Ratzinger», en su opinión, también se ha dignificado el castellano. De ahí que, en este sentido, brinde el galardón a España y –añade– «a esa generación de sociedad, de Iglesia y de teología que hicieron del Concilio Vaticano II el punto de arranque y fuente nutricia para una nueva Iglesia y una sociedad libre, moderna y reconciliada».

¿Con qué espíritu recibe el «Premio Ratzinger»?

Creo que es el reconocimiento a una forma de vida entregada plenamente a la teología en la Iglesia y en la cultura pública. No he hecho otra cosa que, como sacerdote, ser teólogo, pero en esa complejidad de lo que es la teología en la universidad, en la Iglesia y en la sociedad.

Casi se podría decir que el premio no es un punto de llegada, sino de partida. Una llamada amplia al compromiso en el quehacer teológico.

El sentido del premio es valorar y apoyar ese tipo de servicio a la Iglesia. Y por tanto a la vez que se realiza un elogio y un premio, se propone una responsabilidad y se hace una incitación.

¿Cómo se concreta esa incitación? ¿Qué pasos debe dar la teología en la realidad contemporánea?

En primer lugar, el cultivo riguroso de las instituciones donde se hace esta ciencia; en segundo lugar, la entrega personal –a fondo perdido– a ellas; en tercer lugar, una sensibilidad histórica de diálogo y de comunicación con el pensamiento contemporáneo: relación Evangelio-ilustración; fe-cultura; esperanza cristiana-esperanzas históricas.

Le definen como gran teólogo y hombre de cultura, punto de referencia en España. ¿Cómo se articula este diálogo que aúna en su persona?

Eso que parece tan peculiar siempre fue constitutivo de la mejor teología. San Agustín piensa con toda la cultura retórica latina y el pensamiento griego; santo Tomás piensa con la mejor tradición espiritual y teológica y la filosofía de Aristóteles; Newman piensa con la tradición espiritual anglicana y la filosofía del positivismo de su tiempo; Rahner y Balthasar piensan con la teología en el cristianismo y todo el pensamiento europeo. Sólo hay verdadera teología cuando se es un hombre de una racionalidad históricamente constituida y de una fe eclesialmente constituida. Y éstas son inseparables. Porque el hombre que cree es el hombre que piensa, y el hombre que piensa es el hombre que tiene que creer.

La teología es la fe pensada...

La teología es la razón en camino hacia la fe y la fe en camino hacia la razón. Los dos trayectos, de ida y vuelta, son inseparables. En una inteligencia que busca la fe, y es una fe que, una vez adquirida, penetra en sus contenidos, busca su fundamentación y deduce sus consecuencias.

¿Qué obstáculos observa hoy a esta razonabilidad de la teología?

Si tuviera que sugerir dos amenazas globales –no sólo para la teología, sino también para la Iglesia, la fe, la cultura–, distinguiría por un lado un fundamentalismo integrista que no accede a abrir los ojos a lo que la razón moderna compleja ha aportado de positivo y de negativo también. Y, por otro lado, un racionalismo positivista que reduce la razón a aquella forma de racionalidad técnica, científica, cuantitativa, como si ese fuera el criterio supremo de la verdadera razón. Hay múltiples ejercitaciones de la razón: filosófica, poética, científica, religiosa y metafísica. Ese amplio mundo es el que plasma la complejidad de las certidumbres y de las esperanzas de la vida humana. El positivismo racionalista es una secesión y una decapitación de la compleja racionalidad a la que estamos convocados.

¿Se necesita una teología más cercana, más accesible?

La teología se ejerce en distintos niveles. Existe una ejercitación teórica, técnica, científica, rigurosa, de fuentes, textos, métodos y hermenéuticas que se ejerce en la universidad. Y eso tiene que contar con todo el rigor crítico, metodológico y de estilo que se exige a las demás ciencias. Existe un segundo nivel que es de transmisión de grandes percepciones, valores, verdades, a la gran generalidad de la Iglesia. Y en tercer lugar, una transmisión más pedagógica, didáctica, en pequeños grupos, asociaciones, parroquias y movimientos. Esto hay que diferenciarlo y ejercitarlo, y preparar personas para que lo lleven a cabo cada una en su nivel. A veces el gran catedrático carece de esa capacidad pedagógica de transmisión, y viceversa. Distinguir para unir también es aquí un criterio esencial.

Tres niveles; ¿afrontan algún reto?

Existe y debe existir una especie de retroalimentación. Sólo con el primer nivel nos quedaríamos en un conceptualismo, tecnicismo, positivismo puro. Sólo con el segundo nivel nos limitaríamos a una pura ejercitación piadosa. Y en un único tercer nivel se reduciría la teología a una mera función social y cultural. Hay una retroalimentación. Por ejemplo, ante la tentación del positivismo, conceptualismo y cientificismo, la experiencia vivida de Iglesia, de fe, de testimonio, de Evangelio en el tercer nivel va a repercutir para preguntar al primer nivel en qué medida es Evangelio lo que están haciendo. A la vez, hay que proveer al tercer nivel para que no sucumba a la magia, a la política, al fundamentalismo, al simple vivencialismo de la fe.

¿Algún apunte sobre el futuro inmediato de la teología?

Dejémoslo en las manos de Dios y en el empeño e ilusión que los hombres debemos poner en ella.

El sacerdocio de Benedicto XVI

VIENE DE LA PÁGINA 1

hermano mayor Georg y de otros 42 compañeros suyos.

Todos esos jóvenes, excepto uno, eran mayores que Joseph, el cual tenía veinticuatro años: la guerra había retrasado el curso de sus estudios en el seminario, transformado en lazareto. Y con el Papa, en presencia de su hermano, concelebraron tres de los nuevos sacerdotes de entonces: Fritz Zimmermann, Bernhard Schweiger y Rupert Berger, que al igual que los dos Ratzinger celebraron su primera misa en Traunstein el 8 de julio sucesivo. Otros, por la edad, no han podido asistir, mientras que la mayor parte de los amigos de aquel día vive ya en la comunión de los santos.

Y precisamente sobre la amistad –la amistad con Dios, la amistad cristiana, la amistad con toda persona humana– Benedicto XVI moduló su homilía, una meditación profunda sobre el sacerdocio dirigida a todos los fieles y a quienes quieran escuchar. Abriendo el corazón a las palabras de un hombre que ha dedicado y dedica cada día de su vida a descubrir la grandeza del amor de Dios y a buscar cada vez más su amistad. Para ir adelante, más allá de «los confines del ambiente en que vivimos, a llevar el Evangelio al mundo de los demás, para que impregne todo y así el mundo se abra para el reino de Dios». El Dios que se reveló definitivamente en Jesús de Nazaret, que es «amigo de los hombres» y quiere de sus discípulos un fruto que permanezca: el amor, que se puede sembrar en las almas.

Así, es providencial que este 60º aniversario del sacerdocio de Benedicto XVI, celebrado de forma tan comprometedora, coincida con los mismos días en que el periódico de la Santa Sede cumple un siglo y medio. Indicando al diario que la senda es «seguir al Dios que se pone en camino, superando la pereza de quedarnos cómodos en nosotros mismos, para que él mismo pueda entrar en el mundo».

Discurso del Papa durante la entrega del «Premio Ratzinger» en su primera edición

La razón que sigue a la fe responde a su vocación

«Damos las gracias a los premiados, que en su obra han mostrado que la razón, caminando por la pista trazada por la fe» responde «a su altísima vocación». Es el reconocimiento del Papa a los tres teólogos: Olegario González de Cardedal, Manlio Simonetti y Maximilian Heim, a quienes entregó, el jueves 30 de junio por la mañana, el «Premio Ratzinger». La ceremonia se celebró en la sala Clementina.

Señores cardenales, venerados hermanos en el episcopado, distinguidos señores y señoras:

Ante todo quiero expresar mi alegría y gratitud por el hecho de que, con la entrega de su premio teológico, la Fundación que lleva mi nombre reconoce públicamente la obra realizada a lo largo de toda una vida por dos grandes teólogos, y a un teólogo de la generación más joven le da un signo de estímulo para progresar en el camino emprendido. Con el *profesor González de Cardedal* me une un camino común de muchos decenios. Ambos comenzamos con san Buenaventura y dejamos que él nos indicara la dirección. En una larga vida de estudioso, el profesor González ha tratado todos los grandes temas de la teología, y eso no simplemente reflexionando y hablando de ella desde un escritorio, sino también confrontándose siempre con el drama de nuestro tiempo, viviendo y también sufriendo de una forma muy personal las grandes cuestiones de la fe y así las cuestiones del hombre de hoy. De este modo, la palabra de la fe no es algo del pasado; en sus obras se hace verdaderamente contemporánea a nosotros. *El profesor Simonetti* nos ha abierto de un modo nuevo el mundo de los Padres. Precisamente mostrándonos desde el punto de vista histórico con precisión y atención lo que dicen los Padres, ellos se vuelven personas contemporáneas a nosotros, que hablan con nosotros. El padre *Maximilian Heim* recientemente ha sido elegido abad del monasterio de Heiligenkreuz en Viena —un monasterio rico en tradición— asumiendo así la tarea de hacer actual una gran historia y llevarla hacia el futuro. En esto, espero que el trabajo sobre mi teología, que él nos ha ofrecido, pueda ser útil y que la abadía de Heiligenkreuz pueda desarrollar ulteriormente, en nuestro tiempo, la teología monástica, que siempre ha acompañado a la universitaria, formando con ella el conjunto de la teología occidental.

Con todo, no me corresponde a mí hacer aquí una *laudatio* de los premiados, pues ya la ha hecho el cardenal Ruini de manera competente. Ahora bien, la entrega del premio puede brindar la ocasión para reflexionar por un momento en la cuestión fundamental de qué es de verdad la «teología». La teología es ciencia de la fe, nos dice la tradición. Pero aquí surge inmediatamente la pregunta: realmente, ¿es posible esto?, o ¿no es en sí una contradicción? ¿Acaso ciencia no es lo contrario de fe? ¿No cesa la fe de ser fe cuando se convierte en ciencia? Y ¿no cesa la ciencia de ser ciencia cuando se ordena o incluso se subordina a la fe? Estas cuestiones, que constituían un serio problema ya para la teología medieval, con el concepto moderno de ciencia se han vuelto aún más apremiantes, a primera vista incluso sin solución. Así se comprende por qué, en la edad moderna, la teología en amplios sectores se ha retirado primariamente al campo de la historia, con el fin de demostrar aquí su seria cientificidad. Es preciso reconocer, con gratitud, que de ese modo se han realizado obras grandiosas, y el mensaje cristiano ha recibido nueva luz, capaz de hacer visible su íntima riqueza. Sin embargo, si la teología se retira totalmente al pasado, deja hoy a la fe en la oscuridad. En una segunda fase se ha concentrado en la praxis, para mostrar cómo la teología, en unión con la psicología y la sociología, es una ciencia útil que da indicaciones concretas para la vida. También esto es importante, pero si el fundamento de la teología, la fe, no se transforma simultáneamente en objeto del pensamiento, si la praxis se refiere sólo a sí misma, o vive únicamente de los préstamos de las ciencias humanas, entonces la praxis queda vacía y privada de fundamento.

Estos caminos, por tanto, no bastan. Por más útiles e importantes que sean, se convierten en subterfugios, si queda sin respuesta la verdadera pregunta: ¿es verdad aquello en lo que creemos, o no? En la teología está en juego la cuestión sobre la verdad, la cual es su fundamento último y esencial. Una expresión de Tertuliano puede ayudarnos a dar un paso adelante; él escribe: «Cristo no dijo: "Yo soy la costumbre", sino "Yo soy la verdad"» — *non consuetudo sed veritas* (*Virg.* 1, 1). Christian Gnilka ha mostrado que el concepto *consuetudo* puede significar las religiones paganas que, según su naturaleza, no eran fe, sino que eran «costumbre»: se hace lo que se ha hecho siempre; se observan las formas cultuales tradicionales y así se espera estar en la justa relación con el ámbito misterioso de lo divino. El aspecto revolucionario del cristianismo en la antigüedad fue precisamente la ruptura con la «costumbre» por amor a la verdad. Tertuliano habla aquí sobre todo apoyándose en el *Evangelio de san Juan,* en el que se encuentra también la otra interpretación fundamental de la fe cristiana, que se expresa en la designación de Cristo como *Logos*. Si Cristo es el *Logos*, la verdad, el hombre debe corresponder a él con su propio *logos*, con su razón. Para llegar hasta Cristo, debe estar en el camino de la verdad. Debe abrirse al *Logos*, a la Razón creadora, de la que deriva su misma razón y a la que esta lo remite. De aquí se comprende que la fe cristiana, por su misma naturaleza, debe suscitar la teología; debía interrogarse sobre la racionabilidad de la fe, aunque naturalmente el concepto de razón y el de ciencia abarcan muchas dimensiones, y así la naturaleza concreta del nexo entre fe y razón debía y debe ser sondeada siempre de nuevo.

Así pues, aunque el nexo fundamental entre *Logos*, verdad y fe, se presente claro en el cristianismo, la forma concreta de ese nexo ha suscitado y suscita siempre nuevas preguntas. Es evidente que en este momento esa pregunta, que ha interesado e interesará a todas las generaciones, no puede tratarse detalladamente, ni siquiera en grandes líneas. Yo sólo quiero proponer una pequeñísima nota. San Buenaventura, en el prólogo a su *Comentario a las Sentencias* habla de un doble uso de la razón, de un uso que es inconciliable con la naturaleza de la fe y de otro que, en cambio, pertenece propiamente a la naturaleza de la fe. Existe —así se dice— la *violentia rationis*, el despotismo de la razón, que se constituye en juez supremo y último de todo. Este tipo de uso de la razón ciertamente es imposible en el ámbito de la fe. ¿Qué entiende con ello san Buenaventura? Una expresión del *Salmo* 95, 9 puede mostrarnos de qué se trata. Aquí dice Dios a su pueblo: «En el desierto… vuestros padres me pusieron a prueba y me tentaron aunque habían visto mis obras». Aquí se alude a un doble encuentro con Dios: ellos «habían visto». Pero esto a ellos no les basta. Ponen «a prueba» a Dios. Quieren someterlo al experimento. Por decirlo así, Dios es sometido a un interrogatorio y debe someterse a un procedimiento de prueba experimental. Esta modalidad de uso de la razón, en la edad moderna, alcanzó el culmen de su desarrollo en el ámbito de las ciencias naturales. La razón experimental se presenta hoy ampliamente como la única forma de racionalidad declarada científica. Lo que no se puede verificar o falsificar científicamente cae fuera del ámbito científico. Con este planteamiento, como sabemos, se han realizado obras grandiosas. Que ese planteamiento es justo y necesario en el ámbito del conocimiento de la naturaleza y de sus leyes, nadie querrá seriamente ponerlo en duda. Pero existe un límite a ese uso de la razón: Dios no es un objeto de la experimentación humana. Él es Sujeto y se manifiesta sólo en la relación de persona a persona: eso forma parte de la esencia de la persona.

En esta perspectiva san Buenaventura alude a un segundo uso de la razón, que vale para el ámbito de lo «personal», para las grandes cuestiones del hecho mismo de ser hombres. El amor quiere conocer mejor a aquel a quien ama. El amor, el amor verdadero, no hace ciegos, sino videntes. De él forma parte precisamente la sed de conocimiento, de un verdadero conocimiento del otro. Por eso, los Padres de la Iglesia encontraron los precursores y predecesores del cristianismo —fuera del mundo de la revelación de Israel— no en el ámbito de la religión consuetudinaria, sino en los hombres que buscaban a Dios, que buscaban la verdad, en los «filósofos»: en personas que estaban sedientas de la verdad y por tanto se encontraban en camino hacia Dios. Cuando no hay este uso de la razón, entonces las grandes cuestiones de la humanidad caen fuera del ámbito de la razón y desembocan en la irracionalidad. Por eso es tan importante una auténtica teología. La fe recta orienta a la razón a abrirse a lo divino, para que, guiada por el amor a la verdad, pueda conocer a Dios más de cerca. La iniciativa para este camino pertenece a Dios, que ha puesto en el corazón del hombre la búsqueda de su Rostro. Por consiguiente, forman parte de la teología, por un lado, la humildad que se deja «tocar» por Dios; y, por otro, la disciplina que va unida al orden de la razón, preserva el amor de la ceguera y ayuda a desarrollar su fuerza visual.

Soy muy consciente de que con todo esto no se ha dado una respuesta a la cuestión sobre la posibilidad y la tarea de la recta teología, sino que sólo se ha puesto de relieve la grandeza del desafío ínsito en la naturaleza de la teología. Sin embargo, el hombre necesita precisamente este desafío, porque ella nos impulsa a abrir nuestra razón interrogándonos sobre la verdad misma, sobre el rostro de Dios. Por ello damos las gracias a los premiados, que en su obra han mostrado que la razón, caminando por la pista trazada por la fe, no es una razón alienada, sino la razón que responde a su altísima vocación. Gracias.

En San Juan de Letrán el Papa celebra la solemnidad del

El sentido de la presencia s

De la Eucaristía deriva el sentido profundo de la presencia social de la Iglesia. Fueron palabras de Benedicto XVI durante la misa celebrada la tarde del jueves 23 de junio en la basílica papal de San Juan de Letrán, antes de guiar la tradicional procesión del Corpus Christi hasta la basílica de Santa María la Mayor.

Queridos hermanos y hermanas:

La fiesta del *Corpus Christi* es inseparable del Jueves Santo, de la misa *in Caena Domini*, en la que se celebra solemnemente la institución de la Eucaristía. Mientras que en la noche del Jueves Santo se revive el misterio de Cristo que se entrega a nosotros en el pan partido y en el vino derramado, hoy, en la celebración del *Corpus Christi*, este mismo misterio se presenta para la adoración y la meditación del pueblo de Dios, y el Santísimo Sacramento se lleva en procesión por las calles de la ciudad y de los pueblos, para manifestar que Cristo resucitado camina en medio de nosotros y nos guía hacia el reino de los cielos. Lo que Jesús nos dio en la intimidad del Cenáculo, hoy lo manifestamos abiertamente, porque el amor de Cristo no es sólo para algunos, sino que está destinado a todos. En la misa *in Caena Domini* del pasado Jueves Santo puse de relieve que en la Eucaristía tiene lugar la conversión de los dones de esta tierra –el pan y el vino–, con el fin de transformar nuestra vida e inaugurar de esta forma la transformación del mundo. Esta tarde quiero retomar esta consideración.

Todo parte, se podría decir, del corazón de Cristo, que en la Última Cena, en la víspera de su pasión, dio gracias y alabó a Dios y, obrando así, con el poder de su amor, transformó el sentido de la muerte hacia la cual se dirigía. El hecho de que el Sacramento del altar haya asumido el nombre de «Eucaristía» –«acción de gracias»– expresa precisamente esto: que la conversión de la sustancia del pan y del vino en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo es fruto de la entrega que Cristo hizo de sí mismo, donación de un Amor más fuerte que la muerte, Amor divino que lo hizo resucitar de entre los muertos. Esta es la razón por la que la Eucaristía es alimento de vida eterna, Pan de vida. Del corazón de Cristo, de su «oración eucarística» en la víspera de la pasión, brota el dinamismo que transforma la realidad en sus dimensiones cósmica, humana e histórica. Todo viene de Dios, de la omnipotencia de su Amor uno y trino, encarnada en Jesús. En este Amor está inmerso el corazón de Cristo; por esta razón él sabe dar gracias y alabar a Dios incluso ante la traición y la violencia, y de esta forma cambia las cosas, las personas y el mundo.

Esta transformación es posible gracias a una comunión más fuerte que la división: la comunión de Dios mismo. La palabra «comunión», que usamos también para designar la Eucaristía, resume en sí misma la dimensión vertical y la dimensión horizontal del don de Cristo. Es bella y muy elocuente la expresión «recibir la comunión» referida al acto de comer el Pan eucarístico. Cuando realizamos este acto, entramos en comunión con la vida misma de Jesús, en el dinamismo de esta vida que se dona a nosotros y por nosotros. Desde Dios, a través de Jesús, hasta nosotros: se transmite una única comunión en la santa Eucaristía. Lo escuchamos hace un momento, en la segunda lectura, de las palabras del apóstol san Pablo dirigidas a los cristianos de Corinto: «El cáliz de la bendición que bendecimos, ¿no es comunión de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión del cuerpo de Cristo? Porque el pan es uno, nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos comemos del mismo pan» (*1 Co* 10, 16-17).

San Agustín nos ayuda a comprender la dinámica de la comunión eucarística cuando hace referencia a una especie de visión que tuvo, en la cual Jesús le dijo: «Manjar soy de grandes: crece y me comerás. Ni tú me mudarás en ti como al manjar de tu carne, sino tú te mudarás en mí» (*Confesiones* VII, 10, 18). Por eso, mientras que el alimento corporal es asimilado por nuestro organismo y contribuye a su sustento, en el caso de la Eucaristía se trata de un Pan diferente: no somos nosotros quienes lo asimilamos, sino él nos asimila a sí, para llegar de este modo a ser

Cristo camina entre nosotros

«No hay nada de mágico en el cristianismo», pero tampoco hay «atajos, sino que todo pasa a través de la lógica del grano de trigo», que muere para dar vida. «Sin espejismos, sin utopías ideológicas», los cristianos están llamados «a caminar por los senderos del mundo» llevando dentro de sí el fruto de la siembra, para transformar el mundo y hacer que cada hombre sea semejante a Cristo. Es la lógica de la fe, que volvió a proponer Benedicto XVI la tarde del jueves 23 de junio, durante la misa en la basílica papal de San Juan de Letrán, primer acto de la celebración de la solemnidad del Corpus Christi. Y los miles de fieles romanos que, después de la misa, participaron en la tradicional procesión hasta la basílica de Santa María la Mayor, hicieron concreta la imagen de los granos de trigo que, una vez sembrados, «van madurando en los surcos de la historia la unidad y la paz», propuesta por el Papa. El Pontífice llegó poco antes de las 19.00 horas a la basílica de San Juan de Letrán, donde le recibió el cardenal Vallini, vicario para la diócesis de Roma. Acompañaban a Benedicto XVI el cardenal secretario de Estado, Bertone, y los arzobispos Becciu, sustituto de la Secretaría de Estado, y Mamberti, secretario para las Relaciones con los Estados. La procesión comenzó al final del rito de la comunión. Ya fuera de la basílica, el Pontífice subió al vehículo donde se expuso el Santísimo Sacramento y se arrodilló en adoración. La procesión, formada por diáconos, sacerdotes, religiosos, arzobispos y obispos, y numerosos cardenales, entre ellos Sodano, decano del Colegio, y seguida por miles de fieles (en la primera fila estaban los sediarios pontificios, los gentileshombres de Su Santidad, las cofradías y los miembros de asociaciones eucarísticas, con sus estandartes tradicionales, y los grupos parroquiales), recorrió la vía Merulana hasta la basílica liberiana, donde el cardenal arcipreste Law y el cabildo acogieron al Papa. Tras un momento de adoración, el coro de la Sixtina, dirigido por don Massimo Palombella, entonó el «Tantum ergo», al final del cual el Pontífice impartió la bendición eucarística. Hacia las 22.00 horas, con el canto de la «Salve Regina» concluyó la celebración.

Corpus Christi

ocial de la Iglesia

como Jesucristo, miembros de su cuerpo, una cosa sola con él. Esta transformación es decisiva. Precisamente porque es Cristo quien, en la comunión eucarística, nos transforma en él; nuestra individualidad, en este encuentro, se abre, se libera de su egocentrismo y se inserta en la Persona de Jesús, que a su vez está inmersa en la comunión trinitaria. De este modo, la Eucaristía, mientras nos une a Cristo, nos abre también a los demás, nos hace miembros los unos de los otros: ya no estamos divididos, sino que somos uno en él. La comunión eucarística me une a la persona que tengo a mi lado, y con la cual tal vez ni siquiera tengo una buena relación, y también a los hermanos lejanos, en todas las partes del mundo. De aquí, de la Eucaristía, deriva, por tanto, el sentido profundo de la presencia social de la Iglesia, come lo testimonian los grandes santos sociales, que han sido siempre grandes almas eucarísticas. Quien reconoce a Jesús en la Hostia santa, lo reconoce en el hermano que sufre, que tiene hambre y sed, que es extranjero, que está desnudo, enfermo o en la cárcel; y está atento a cada persona, se compromete, de forma concreta, en favor de todos aquellos que padecen necesidad. Del don de amor de Cristo proviene, por tanto, nuestra responsabilidad especial de cristianos en la construcción de una sociedad solidaria, justa y fraterna. Especialmente en nuestro tiempo, en el que la globalización nos hace cada vez más dependientes unos de otros, el cristianismo puede y debe hacer que esta unidad no se construya sin Dios, es decir, sin el amor verdadero, ya que se dejaría espacio a la confusión, al individualismo, a los atropellos de todos contra todos. El Evangelio desde siempre mira a la unidad de la familia humana, una unidad que no se impone desde fuera, ni por intereses ideológicos o económicos, sino a partir del sentido de responsabilidad de los unos hacia los otros, porque nos reconocemos miembros de un mismo cuerpo, del cuerpo de Cristo, porque hemos aprendido y aprendemos constantemente del Sacramento del altar que el gesto de compartir, el amor, es el camino de la verdadera justicia.

Miembros del cuerpo de Cristo, aprendemos del Sacramento del altar que el gesto de compartir, el amor, es el camino de la verdadera justicia

Volvamos ahora al gesto de Jesús en la Última Cena. ¿Qué sucedió en ese momento? Cuando él dijo: Este es mi cuerpo entregado por vosotros; esta es mi sangre derramada por vosotros y por muchos, ¿qué fue lo que sucedió? Con ese gesto, Jesús anticipa el acontecimiento del Calvario. Él acepta toda la Pasión por amor, con su sufrimiento y su violencia, hasta la muerte en cruz. Aceptando la muerte de esta forma la transforma en un acto de donación. Esta es la transformación que necesita el mundo, porque lo redime desde dentro, lo abre a las dimensiones del reino de los cielos. Pero Dios quiere realizar esta renovación del mundo a través del mismo camino que siguió Cristo, más aún, el camino que es él mismo. No hay nada de mágico en el cristianismo. No hay atajos, sino que todo pasa a través de la lógica humilde y paciente del grano de trigo que muere para dar vida, la lógica de la fe que mueve montañas con la fuerza apacible de Dios. Por esto Dios quiere seguir renovando a la humanidad, la historia y el cosmos a través de esta cadena de transformaciones, de la cual la Eucaristía es el sacramento. Mediante el pan y el vino consagrados, en los que está realmente presente su Cuerpo y su Sangre, Cristo nos transforma, asimilándonos a él: nos implica en su obra de redención, haciéndonos capaces, por la gracia del Espíritu Santo, de vivir según su misma lógica de entrega, como granos de trigo unidos a él y en él. Así se siembran y van madurando en los surcos de la historia la unidad y la paz, que son el fin al que tendemos, según el designio de Dios.

Caminamos por los senderos del mundo sin espejismos, sin utopías ideológicas, llevando dentro de nosotros el Cuerpo del Señor, como la Virgen María en el misterio de la Visitación. Con la humildad de sabernos simples granos de trigo, tenemos la firma certeza de que el amor de Dios, encarnado en Cristo, es más fuerte que el mal, que la violencia y que la muerte. Sabemos que Dios prepara para todos los hombres cielos nuevos y una tierra nueva, donde reinan la paz y la justicia; y en la fe entrevemos el mundo nuevo, que es nuestra patria verdadera. También esta tarde, mientras se pone el sol sobre nuestra querida ciudad de Roma, nosotros nos ponemos en camino: con nosotros está Jesús Eucaristía, el Resucitado, que dijo: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin de los tiempos» (*Mt* 28, 21). ¡Gracias, Señor Jesús! Gracias por tu fidelidad, que sostiene nuestra esperanza. Quédate con nosotros, porque ya es de noche. «Buen pastor, pan verdadero, oh Jesús, piedad de nosotros: aliméntanos, defiéndenos, llévanos a los bienes eternos en la tierra de los vivos». Amén.

En el Ángelus del domingo 26 de junio el Papa recuerda en la Eucaristía el corazón palpitante de la Iglesia

Antídoto contra el individualismo

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy, en Italia y en otros países, se celebra el *Corpus Christi,* la fiesta de la Eucaristía, el Sacramento del Cuerpo y la Sangre del Señor, que él instituyó en la Última Cena y que constituye el tesoro más precioso de la Iglesia. La Eucaristía es como el corazón palpitante que da vida a todo el cuerpo místico de la Iglesia: un organismo social basado en el vínculo espiritual pero concreto con Cristo. Como afirma el apóstol san Pablo: «Porque el pan es uno, nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos comemos del mismo pan» (*1 Co* 10, 17). Sin la Eucaristía la Iglesia sencillamente no existiría. La Eucaristía es, de hecho, la que hace de una comunidad humana un misterio de comunión, capaz de llevar a Dios al mundo y el mundo a Dios. El Espíritu Santo, que convierte el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, transforma también en miembros del cuerpo de Cristo a cuantos lo reciben con fe, de forma que la Iglesia es realmente sacramento de unidad de los hombres con Dios y entre sí.

En una cultura cada vez más individualista, como lo es la cultura en la que estamos inmersos en las sociedades occidentales, y que tiende a difundirse en todo el mundo, la Eucaristía constituye una especie de «antídoto», que actúa en la mente y en el corazón de los creyentes y que siembra continuamente en ellos la lógica de la comunión, del servicio, del compartir, es decir, la lógica del Evangelio. Los primeros cristianos, en Jerusalén, eran un signo evidente de este nuevo estilo de vida, porque vivían en fraternidad y ponían en común sus bienes, para que nadie fuese indigente (cf. *Hch* 2, 42-47). ¿De qué derivaba todo esto? De la Eucaristía, es decir, de Cristo resucitado, realmente presente en medio de sus discípulos y operante con la fuerza del Espíritu Santo. Y también en las generaciones siguientes, a través de los siglos, la Iglesia, a pesar de los límites y los errores humanos, ha seguido siendo en el mundo una fuerza de comunión. Pensemos especialmente en los periodos más difíciles, de prueba: en lo que significó, por ejemplo, para los países sometidos a regímenes totalitarios, la posibilidad de congregarse en la misa dominical. Como decían los antiguos mártires de Abitinia: «*Sine Dominico non possumus*», sin el «*Dominicum*», es decir, sin la Eucaristía dominical no podemos vivir. Pero el vacío producido por la falsa libertad puede ser también muy peligroso, y entonces la comunión con el Cuerpo de Cristo es medicina de la inteligencia y de la voluntad, para volver a encontrar el gusto de la verdad y del bien común.

Queridos amigos, invoquemos a la Virgen María, a quien mi predecesor, el beato Juan Pablo II, definió «Mujer eucarística» (*Ecclesia de Eucharistia,* 53-58). Que en su escuela también nuestra vida llegue a ser plenamente «eucarística», abierta a Dios y a los demás, capaz de transformar el mal en bien con la fuerza del amor, orientada a favorecer la unidad, la comunión y la fraternidad.

Después del Ángelus, el Santo Padre pronunció las siguientes palabras:

Queridos hermanos y hermanas, también hoy tengo la alegría de anunciar la proclamación de algunos nuevos beatos. Ayer, en Lübeck fueron beatificados Johannes Prassek, Eduard Müller y Hermann Lange, asesinados por los nazis en 1943 en Hamburgo. Hoy, en Milán, es el turno de don Serafino Morazzone, párroco ejemplar en la zona de Lecco entre los siglos XVIII y XIX; del padre Clemente Vismara, heroico misionero del PIME en Birmania; y de Enrichetta Alfieri, Hermana de la Caridad, llamada «ángel» de la cárcel milanesa de San Vittore. ¡Alabemos al Señor por estos luminosos testigos del Evangelio!

En este domingo que precede a la solemnidad de San Pedro y San Pablo se celebra en Italia la Jornada por la caridad del Papa. Deseo dar vivamente las gracias a todos aquellos que, con la oración y con los donativos, dan su apoyo a mi ministerio apostólico y de caridad. ¡Gracias! ¡Que el Señor os recompense!

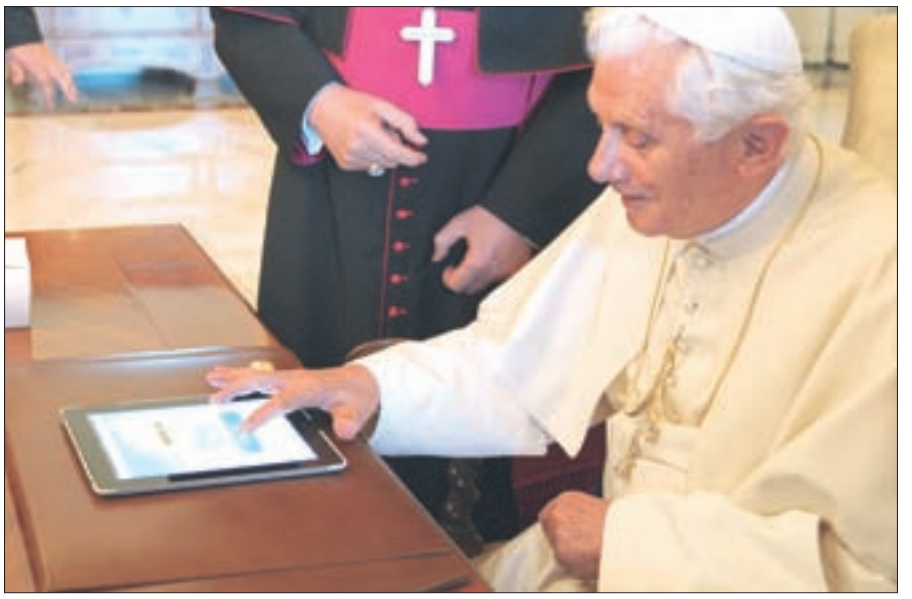
Nace el portal del Vaticano news.va

El primer tweet de un Papa

Dear friends, I have just launched http://www.news.va/. Praised be Our Lord Jesus Christ. With my prayers and blessing. Benedictus XVI ("Queridos amigos: acabo de lanzar http://www.news. va/. Alabado sea Nuestro Señor Jesucristo. Con mis oraciones y bendición. Benedictus XVI"). Es el texto del primer tweet en absoluto de un Pontífice.

Al lanzar *on line* «news.va», el nuevo portal de la Santa Sede, el Papa accedió también a la propuesta de dirigir su bendición al pueblo de la red con este tweet. En la tarde del martes 28 de junio, antes de rezar las Vísperas de la solemnidad de San Pedro y San Pablo, el Papa realizó la navegación inaugural del nuevo sitio utilizando un *tablet* de última generación. «Un signo también —explicó el arzobispo Claudio Maria Celli, presidente del Consejo pontificio para las comunicaciones sociales, al presentar el nuevo portal 27 de junio en la Oficina de información de la Santa Sede— de la gran atención del Papa en primera persona, y de toda la Secretaría de Estado, no sólo hacia la comunicación sino igualmente hacia las nuevas tecnologías», y sobre todo para que «la Iglesia esté presente allí donde el hombre vive y se encuentra» .

La elección de la fiesta de San Pedro y San Pablo para inaugurar el portal es significativa. «Nuestro deseo —explicó monseñor Celli— es que esta importante iniciativa de la Santa Sede en ámbito comunicativo sea un homenaje y, aún más, la expresión de nuestra fidelidad y dedicación al Papa con ocasión del sexagésimo aniversario de su ordenación sacerdotal». Desde hoy, precisó, «basta tener un iphone o un ipod para saber qué sucede en casa del Papa».



El arzobispo hizo un recorrido por la historia de la presencia de la Santa Sede en el campo de la comunicación. «Basta con pensar —dijo— en "L'Osservatore Romano", que está celebrando sus 150 años, o en Radio Vaticano que, hace poco, recordaba oportunamente sus ochenta años de actividad. Luego, en épocas más recientes, el *Vatican Information Service* o la agencia *Fides* vinculada a la Congregación para la evangelización de los pueblos o la misma Oficina de información y el Centro televisivo vaticano».

Pasando a ilustrar más detalladamente la nueva plataforma multimedia «news.va», monseñor Celli precisó que «no se trata de una nueva cabecera con una línea editorial propia ni una redacción propia, sino más bien de un agregador de las noticias difundidas por los demás medios de comunicación del Vaticano, desde "L'Osservatore Romano" a Radio Vaticano, a *Fides*, y a vatican.va, el único sitio general hasta ahora existente y que seguirá existiendo».

De hecho, la página web de la Santa Sede (www.vatican.va) es algo distinta del nuevo portal, y mantiene inalterado todo su valor, pese a que «alguno la encuentre rígida, anticuada y polvorienta»; al contrario, «es óptima —subrayó el director de nuestro periódico, quien participó en la presentación— y muy valiosa desde hace años para quien, como nosotros, se ocupa de modo específico de estos temas. El portal, por lo demás, fue abierto significativamente por una mujer, la religiosa americana Judith Zoebelein».

Al reafirmar la importancia de esta ulterior iniciativa en el campo de las comunicaciones, el director de «L'Osservatore Romano» puso de relieve que la coincidencia con dos aniversarios de los principales medios de comunicación de la Santa Sede —es decir, los ochenta años celebrados el pasado 12 de febrero por Radio Vaticano y los ciento cincuenta que nuestro periódico celebra el 1 de julio— demuestra que, no obstante «algunos estereotipos, Benedicto XVI y su Secretaría de Estado son muy sensibles a los medios de comunicación contemporáneos. Y este portal lo confirma».

Por su parte, el sacerdote jesuita Federico Lombardi, con experiencia en la dirección de la emisora radiofónica vaticana, del Centro televisivo y de la Oficina de información de la Santa Sede, insistió en el interés y, por lo tanto, en el apoyo del Papa y de la Secretaría de Estado a todas las iniciativas de comunicación para que vayan al paso de los tiempos.

Entre los aspectos más significativos del nuevo portal, el padre Lombardi evidenció el hecho de que será la expresión más concreta «de la unidad dinámica, y ciertamente no competitiva, de la creatividad entre los medios vaticanos». Mientras que Gustavo Entrala, de la *Digital Media Agency*, creador de la gráfica del sitio, y Thaddeus Jones, oficial del dicasterio para las comunicaciones sociales, ilustraron el proyecto y las características de la nueva página web.

Lo recuerda el embajador de Israel ante la Santa Sede

Pío XII ayudó a los judíos de Roma

Publicamos la intervención que el embajador de Israel ante la Santa Sede pronunció el 23 de junio con ocasión de la ceremonia de entrega de la medalla de «Justo entre las Naciones» a don Gaetano Piccinini, «in memoriam».

MORDECHAY LEWY

Me alegra haber podido aceptar la invitación a participar en esta ceremonia en honor de don Gaetano Piccinini, que ayudó a salvar a miembros de la familia Camerini, haciendo todo lo posible para aliviar la dura prueba a la que se vieron sometidos durante el período de la ocupación.

No me detengo en los detalles de ese episodio, que mi compañera Livia Link ya ha ilustrado y, por lo demás, se encuentran aquí presentes los testigos directos, los cuales ciertamente pueden contar la historia mucho mejor que yo.

Quisiera, en cambio, aludir muy brevemente a un tema ampliamente debatido: la actitud de la Iglesia a lo largo del período de la ocupación nazi en Roma, durante el cual la vida de los judíos de la ciudad corrió serio peligro, y muchos de ellos por desgracia no regresaron de los campos de exterminio.

Sin don Gaetano Piccinini, y otros hombres y mujeres como él, el número de vidas humanas destruidas hubiera sido mucho más elevado.

A don Piccinini reconocemos que no sólo dio asilo, sino que además lo hizo respetando los orígenes y la identidad de cada uno.

Desde el rastreo del gueto de Roma del 16 de octubre de 1943 y en los días siguientes, monasterios y orfanatos, regentados por órdenes religiosas, abrieron sus puertas a los judíos, y tenemos motivos para pensar que eso aconteció bajo la supervisión de las más altas autoridades del Vaticano, que por tanto estaban informadas de estos gestos.

Así pues, sería un error declarar que la Iglesia católica, el Vaticano o el propio Papa se opusieron a las acciones orientadas a salvar a los judíos.

Es verdad, más bien, lo contrario: prestaron ayuda siempre que pudieron. El hecho de que el Vaticano no haya podido evitar la partida del tren que llevó al campo de exterminio, durante los tres días transcurridos desde la razia del 16 de octubre hasta el 18 del mismo mes, sólo puede haber aumentado la voluntad, por parte vaticana, de ofrecer sus propios locales como refugio para los judíos.

Los judíos romanos tuvieron una reacción traumática. Veían en la persona del Papa una especie de protector y esperaban que los salvase y evitase lo peor. Bien, todos sabemos lo que sucedió, pero también debemos reconocer que el tren que partió el 18 de octubre de 1943 no fue el único convoy que los nazis lograron organizar desde Roma hacia Auschwitz.

Pío XII durante una inspección en la cúpula de San Pedro el 12 de septiembre de 1942 (por amable concesión de la Fábrica de San Pedro en el Vaticano)

En el discurso a la ROACO el Papa pide libertad para los cristianos de Oriente Medio y el fin de la violencia en el norte de África

Asistencia inmediata para quienes huyen del sufrimiento

Benedicto XVI vuelve a hacer un llamamiento en favor de la libertad de religión en Oriente Próximo y en Oriente Medio, y pide que se proporcione la «asistencia inmediata necesaria» a quienes buscan «desesperadamente huir» de las violencias en el norte de África. La ocasión fue la audiencia a los participantes en la asamblea de la Reunión de las Obras para la ayuda a las Iglesias orientales —ROACO—, a los que recibió el viernes 24 de junio, por la mañana, en la sala Clementina del palacio apostólico vaticano.

Señor cardenal, beatitud, venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, queridos miembros y amigos de la ROACO:

Deseo expresar a cada uno de vosotros la más cordial bienvenida y correspondo con mis mejores deseos a las amables palabras de saludo que me ha dirigido el cardenal Leonardo Sandri, prefecto de la Congregación para las Iglesias orientales y presidente de la *Reunión de las Obras para la ayuda a las Iglesias orientales,* acompañado por el arzobispo secretario, por el subsecretario y por los colaboradores eclesiásticos y laicos del dicasterio. Dirijo un saludo fraterno al nuevo patriarca maronita, Su Beatitud Béchara Boutros Raï, y extiendo mi saludo a los demás prelados, a los representantes de las agencias internacionales y de la Universidad de Belén, así como a los bienhechores aquí presentes. Doy las gracias a todos por cooperar con generosidad al mandato de caridad universal que el Señor Jesús confía incesantemente al Obispo de Roma como Sucesor de Apóstol san Pedro.

Ayer celebramos la solemnidad del Cuerpo y la Sangre del Señor. La procesión eucarística, que presidí desde la catedral de San Juan de Letrán hasta la basílica de Santa María la Mayor, constituye siempre una invitación a la amada ciudad de Roma y a toda la comunidad católica a permanecer y caminar por las sendas no fáciles de la historia, entre las grandes pobrezas espirituales y materiales del mundo, para ofrecer la caridad de Cristo y de la Iglesia, que brota del Misterio Pascual, misterio de amor, de entrega total que engendra la vida. La caridad «no pasa nunca» (*1 Co* 13, 8), dice el apóstol san Pablo, y es capaz de cambiar los corazones y el mundo con la fuerza de Dios, sembrando y despertando en todas partes la solidaridad, la comunión y la paz. Son dones confiados a nuestras frágiles manos, pero su desarrollo es seguro, porque el poder de Dios actúa precisamente en la debilidad, si sabemos abrirnos a su acción, si somos verdaderos discípulos y nos esforzamos por serle fieles (cf. *2 Co* 12, 10).

Queridos amigos de la ROACO, no olvidéis jamás la dimensión eucarística de vuestro objetivo para manteneros constantemente en la dinámica de la caridad eclesial. Deseo que esta caridad llegue de forma muy especial a Tierra Santa y también a todo Oriente Medio, para sostener allí la presencia cristiana. Os pido que hagáis todo lo posible, incluso implicando a las instancias públicas con las que entráis en contacto a nivel internacional, para que en Oriente, donde nacieron, los pastores y los fieles de Cristo puedan permanecer «no como extranjeros» sino como «conciudadanos» (*Ef* 2, 19), dando testimonio de Jesús, como los santos del pasado, hijos también ellos de las Iglesias orientales. Oriente es, con pleno derecho, su patria terrena. Allí precisamente están llamados también hoy a construir el bien de todos, indistintamente, gracias a su fe. Se debe reconocer una igual dignidad y una libertad real a todos aquellos que profesan esta fe, permitiendo así una colaboración ecuménica e interreligiosa más fructífera.

Os agradezco que hayáis reflexionado sobre los cambios que se están produciendo en los países del norte de África y de Oriente Próximo, que mantienen aún al mundo preocupado. Gracias también a la aportación que dieron en estos días el cardenal patriarca copto-católico y el patriarca maronita, así como el representante pontificio en Jerusalén y el custodio franciscano de Tierra Santa, la Congregación y las agencias podrán darse cuenta de las condiciones concretas en las que viven la Iglesia y las poblaciones en una región de suma importancia para el equilibrio y la paz mundiales. A través de vosotros, el Papa quiere estar cerca de quienes están sufriendo y de quienes intentan desesperadamente huir incrementando flujos migratorios a veces sin esperanza. Al respecto, pido la asistencia inmediata necesaria, pero sobre todo cualquier mediación posible, para que cesen las violencias y, en el respeto de los derechos de las personas y de las comunidades, se restablezcan en todas partes la concordia social y la convivencia pacífica. La ferviente oración y la reflexión nos ayudarán, mientras tanto, a leer las perspectivas emergentes en la actual época de prueba y de lágrimas: que el Señor de la historia las dirija siempre al bien común.

La Asamblea especial para Oriente Medio del Sínodo de los obispos celebrada el pasado mes de octubre en el Vaticano y en la que participasteis algunos de vosotros, ha acercado a los hermanos y hermanas de Oriente de modo aún más decidido al corazón de la Iglesia y nos ha preparado para descubrir los signos de novedad del tiempo actual. Pero inmediatamente después de aquella asamblea, la *violencia absurda* golpeó ferozmente a *personas inermes* (cf. *Ángelus* del 1 de noviembre de 2010) en la catedral siro-católica de Bagdad y, en los meses sucesivos, en muchos otros lugares. Este dolor sufrido por Cristo puede servir de ayuda para el crecimiento de la buena semilla y para dar frutos aún más fecundos, si Dios quiere. Confío, por tanto, a la buena voluntad de los miembros de la ROACO cuanto surgió en el Sínodo y también el valioso patrimonio espiritual constituido por el cáliz de la pasión de muchos cristianos como referencia para un servicio inteligente y generoso, que parta desde los últimos y que no excluya a nadie, y que siempre mida su autenticidad según el Misterio Eucarístico.

Queridos amigos, las Iglesias orientales católicas, bajo la guía de sus generosos pastores y también con vuestro apoyo insustituible, sabrán confirmar siempre la comunión con la Sede apostólica, celosamente custodiada a lo largo de los siglos, y dar una contribución original a la nueva evangelización tanto en la madre patria, como en la creciente diáspora. Pongo estos auspicios bajo la protección de la santísima Madre de Dios y del precursor de Cristo, san Juan Bautista, en la solemnidad litúrgica de su nacimiento. Se acerca también la solemnidad de los apóstoles san Pedro y san Pablo: ese día daré gracias al buen Pastor, como ha recordado el cardenal Sandri, en el 60º aniversario de mi ordenación sacerdotal. Os agradezco vivamente vuestra oración y vuestra felicitación, con las que me habéis hecho un grato don. Os pido que compartáis mi súplica al «Dueño de la mies» (*Mt* 9, 38) para que conceda a la Iglesia y al mundo numerosos y ardientes obreros del Evangelio. Y como signo de mi afecto, me alegra impartir a cada uno de vosotros, a vuestros seres queridos y a las comunidades confiadas a vosotros la confortadora bendición apostólica.

Saludo del cardenal Sandri

Fieles en medio del dolor

El viernes 24 de junio por la mañana, en la sala Clementina, el Papa recibió en audiencia a los participantes en la asamblea de la ROACO (Reunión de las obras para la ayuda a las Iglesias orientales). Al inicio del encuentro, el cardenal Leonardo Sandri, prefecto de la Congregación para las Iglesias orientales, felicitó a Benedicto XVI por la inminente celebración del 60º aniversario de su ordenación sacerdotal y, como regalo, le ratificó el firme compromiso de la ROACO en favor de la formación de los seminaristas y los sacerdotes, tanto en Roma como en las Iglesias orientales. Recordando el dolor y la violencia que sufren los cristianos en Oriente Medio por su fidelidad a Cristo y a la Iglesia, el purpurado —acompañado por el nuevo patriarca de Antioquía de los Maronitas, Su Beatitud Béchara Boutros Raï— agradeció sinceramente al Papa su cercanía y su solicitud paternas, cuyo testimonio elocuente fue la celebración del reciente Sínodo de los obispos para Oriente Medio.

Colegio episcopal

RENUNCIAS:

El Papa ha aceptado la renuncia al gobierno pastoral de la archidiócesis de Milán (Italia) que el cardenal DIONIGI TETTAMANZI le había presentado en conformidad con el canon 401 § 1 del Código de derecho canónico.

Dionigi Tettamanzi nació en Renate, archidiócesis de Milán, el 14 de marzo de 1934. Recibió la ordenación sacerdotal el 28 de junio de 1957. Juan Pablo II lo nombró arzobispo de Ancona-Ósimo el 1 de julio de 1989; recibió la ordenación episcopal el 23 de septiembre sucesivo. El 14 de marzo de 1991 fue nombrado secretario general de la Conferencia episcopal italiana, y el 6 de abril del mismo año el Papa aceptó su renuncia al gobierno pastoral de Ancona-Ósimo. El Santo Padre lo nombró arzobispo metropolitano de Génova el 20 de abril de 1995; lo creó cardenal, del título de San Ambrosio y San Carlos, en el consistorio del 21 de febrero de 1998; y lo trasladó como arzobispo de Milán el 11 de julio de 2002. Es miembro de las Congregaciones para las Iglesias orientales, el clero y la educación católica; y del Consejo pontificio para la familia.

El Papa ha aceptado la renuncia al gobierno pastoral de la archidiócesis de Urbino-Urbania-Sant'Angelo en Vado (Italia) que monseñor FRANCESCO MARINELLI le había presentado en conformidad con el canon 401 § 1 del Código de derecho canónico.

Francesco Marinelli nació en Appignano del Tronto, diócesis de Ascoli Piceno, el 10 de octubre de 1935. Recibió la ordenación sacerdotal el 25 de marzo de 1961. Juan Pablo II lo nombró arzobispo de Urbino-Urbania-Sant'Angelo en Vado el 11 de marzo de 2000; recibió la ordenación episcopal el 29 de abril del mismo año.

EL PAPA HA NOMBRADO:

—Arzobispo metropolitano de Milán (Italia) al cardenal ANGELO SCOLA, hasta ahora patriarca de Venecia.

Angelo Scola nació en Malgrate, archidiócesis de Milán, el 7 de noviembre de 1941. Recibió la ordenación sacerdotal el 18 de julio de 1970. Juan Pablo II lo nombró obispo de la diócesis de Grosseto el 20 de julio de 1991; recibió la ordenación episcopal el 21 de septiembre de dicho año. El mismo Papa lo nombró rector magnífico de la Pontificia Universidad Lateranense de Roma en julio de 1995; y más tarde lo nombró también presidente del Instituto pontificio para estudios sobre el matrimonio y la familia. Renunció al gobierno pastoral de la diócesis de Grosseto el 14 de septiembre de 1995. El Santo Padre lo promovió a patriarca de Venecia el 5 de enero de 2002; y lo creó cardenal, del título de los Santos Doce Apóstoles, en el consistorio del 21 de octubre de 2003. En la Curia romana es miembro de diversas Congregaciones y Consejos pontificios.

—Arzobispo de Urbino-Urbania-Sant'Angelo en Vado (Italia) a monseñor GIOVANNI TANI.

Giovanni Tani nació en Sogliano al Rubicone, diócesis de Rímini, el 8 de abril de 1947. Recibió la ordenación sacerdotal el 29 de diciembre de 1973. Inició su ministerio como director espiritual del seminario de Rímini; luego, en Roma, ha sido director espiritual del seminario romano mayor, párroco, rector de la iglesia de los Santos Cuatro Coronados en el Laterano, miembro de los Consejos presbiteral y pastoral y rector del seminario romano mayor.

Luto

—Monseñor CARMELO JUAN GIAQUINTA, arzobispo emérito de Resistencia (Argentina), falleció el 22 de junio. Había nacido en Buenos Aires el 22 de junio de 1930. Era sacerdote desde el 4 de abril de 1953. Juan Pablo II lo nombró obispo titular de Zama minore y auxiliar de la diócesis de Viedma, el 11 de marzo de 1980; recibió la ordenación episcopal el 30 de mayo sucesivo. El mismo Papa lo nombró obispo residencial de Posadas el 16 de junio de 1986; lo promovió a arzobispo de Resistencia el 22 de marzo de 1993; y aceptó su renuncia al gobierno pastoral de dicha sede el 1 de abril de 2005.

Audiencias pontificias

EL SANTO PADRE HA RECIBIDO:

Viernes 24 de junio

—Al primer ministro de Montenegro, Igor Lukšić, con el séquito.

—Al cardenal Stanisław Ryłko, presidente del Consejo pontificio para los laicos.

—A monseñor Fernando Filoni, arzobispo titular de Volturno, prefecto de la Congregación para la evangelización de los pueblos.

Sábado, día 25

—A Su Alteza Fray Matthew Festing, Príncipe y Gran Maestro de la Soberana Orden Militar de Malta, con el séquito.

—Al prof. Hans-Jürgen Feulner.

—Al cardenal Marc Oullet, P.S.S., prefecto de la Congregación para los obispos.

Lunes, día 27

—Al cardenal Angelo Amato, S.D.B., prefecto de la Congregación para las causas de los santos.

—Al cardenal Patabendige Don Albert Malcolm Ranjith, arzobispo de Colombo (Sri Lanka).

—Al cardenal Francisco Javier Errázuriz Ossa, arzobispo emérito de Santiago de Chile.

—Al cardenal Roger Etchegaray, presidente emérito de los Consejos pontificios Justicia y paz y «Cor unum».

Congregación para las causas de los santos

Promulgación de decretos

El lunes 27 de junio, el Papa Benedicto XVI recibió en audiencia privada al cardenal Angelo Amato, S.D.B., prefecto de la Congregación para las causas de los santos. Durante la audiencia el Romano Pontífice autorizó a la Congregación la promulgación de los siguientes decretos:

—un milagro atribuido a la intercesión del venerable siervo de Dios MARIANO ARCIERO, sacerdote diocesano; nació en Contursi (Italia) el 26 de febrero de 1707 y murió en Nápoles (Italia) el 16 de febrero de 1788;

—un milagro atribuido a la intercesión del venerable siervo de Dios JUAN JOSÉ LATASTE (en el siglo: Alcide Vitale), sacerdote profeso de la Orden de Frailes Predicadores y fundador de las Religiosas de la Tercera Orden de Santo Domingo en Betania; nació en Cadillac (Francia) el 5 de septiembre de 1832 y murió en Frasne-le-Château (Francia) el 10 de marzo de 1869;

—un milagro atribuido a la intercesión de la venerable sierva de Dios MARÍA INÉS TERESA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO (en el siglo: Manuela de Jesús Arias Espinosa), fundadora de las congregaciones de las Misioneras Clarisas del Santísimo Sacramento y de los Misioneros de Cristo para la Iglesia universal; nació en Ixtlán del Río (México) el 7 de julio de 1904 y murió en Roma el 22 de julio de 1981;

—un milagro atribuido a la intercesión de la venerable sierva de Dios HILDEGARD BURJAN, laica, madre de familia y fundadora de la sociedad de las Hermanas de la *Caritas Socialis*; nació en Görlitz (Alemania) el 30 de enero de 1883 y murió en Viena (Austria) el 11 de junio de 1933;

—el martirio del siervo de Dios SALVIO HUIX MIRALPEIX, obispo de Lérida; nació en Santa Margarita de Vellors (España) el 22 de diciembre de 1877 y fue asesinado, por odio a la fe, en Lérida (España) el 5 de agosto de 1936;

—el martirio del siervo de Dios KARL LAMPERT, sacerdote diocesano y pro-vicario de la administración apostólica de Innsbruck Feldkirch; nació en Göfis (Austria) el 9 de enero de 1894 y fue asesinado, por odio a la fe, en el campo de concentración de Halle sul Saale (Alemania) el 13 de noviembre de 1944;

—el martirio de las siervas de Dios JOSEFA MARTÍNEZ PÉREZ, de la congregación de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, y 12 compañeras; fueron asesinadas, por odio a la fe, en distintos lugares dentro de los confines de la diócesis de Valencia (España) entre el 19 de agosto y el 9 de diciembre de 1936;

—las virtudes heroicas del beato JUAN MARINONI (en el siglo: Francesco), sacerdote profeso de la Orden de los Clérigos Regulares Teatinos; nació en Venecia (Italia) el 25 de diciembre de 1490 y murió en Nápoles (Italia) el 13 de diciembre de 1562;

—las virtudes heroicas del siervo de Dios JOSÉ MARÍA GARCÍA LAHIGUERA, arzobispo de Valencia y fundador de la congregación de las Hermanas Oblatas de Cristo Sacerdote; nació en Fítero (España) el 9 de marzo de 1903 y murió en Madrid (España) el 14 de julio de 1989;

—las virtudes heroicas del siervo de Dios MATTHEW KADALIKATTIL, sacerdote diocesano y fundador de la congregación de las Religiosas del Sagrado Corazón de Jesús para las mujeres; nació en Edapady (India) el 25 de abril de 1872 y murió en Palai (India) el 23 de mayo de 1935;

—las virtudes heroicas del siervo de Dios RAFFAELE DIMICCOLI, sacerdote diocesano; nació en Barletta (Italia) el 12 de octubre de 1887 y murió allí el 5 de abril de 1956;

—las virtudes heroicas de la sierva de Dios SOPHIA CZESKA-MACIEJOWSKA, fundadora de la congregación de las Vírgenes de la Presentación de la Bienaventurada Virgen María; nació en Budziszowice (Polonia) en fecha no precisa de 1584 y murió en Cracovia (Polonia) el 1 de abril de 1650;

—las virtudes heroicas de la sierva de Dios MARÍA JOSEFA BENVENUTI (en el siglo: Zeinab Alif), monja profesa de la Orden de Santa Clara; nació en Sudán entre los años 1845 y 1846 y murió en Serra de' Conti (Italia) el 24 de abril de 1926;

—las virtudes heroicas de la sierva de Dios LAURA MEOZZI, religiosa profesa del instituto de las Hijas de María Auxiliadora; nació en Florencia (Italia) el 5 de enero de 1873 y murió en Pogrzebień (Polonia) el 30 de agosto de 1951;

—las virtudes heroicas de la sierva de Dios LUIGIA (GINA) TINCANI, fundadora de la Unión de Santa Catalina de Siena de las Misioneras de la Escuela; nació en Chieti (Italia) el 25 de marzo de 1889 y murió en Roma el 31 de mayo de 1976.

Benedicto XVI impone el palio a 41 arzobispos metropolitanos en la solemnidad de San Pedro y San Pablo

Ya no siervos, sino amigos

Joseph Ratzinger celebró su 60º aniversario de ordenación sacerdotal

«Ya no os llamo siervos, sino amigos». Una afirmación «que produce una gran alegría interior y que, al mismo tiempo, por su grandeza, puede hacernos estremecer a través de las décadas, con tantas experiencias de nuestra propia debilidad y de su inagotable bondad». Lo dijo el Papa durante la homilía de la misa celebrada en la basílica vaticana el miércoles 29 de junio por la mañana, solemnidad de San Pedro y San Pablo y sexagésimo aniversario de su ordenación sacerdotal. Acompañaron al Papa, procedentes de Baviera, algunos fieles con trajes tradicionales; su hermano, monseñor Georg, que recibió la ordenación el mismo día; y tres sacerdotes alemanes compañeros de ordenación de Joseph Ratzinger. Al inicio de la misa, el cardenal Angelo Sodano, decano del Colegio cardenalicio, dirigió al Papa unas palabras de saludo. Concelebraron con Benedicto XVI cincuenta y dos cardenales y numerosos arzobispos y obispos. Los nuevos arzobispos metropolitanos que recibieron el palio procedían de Italia, Francia, Letonia, Eslovenia, Gales, Estados Unidos, Colombia, Ecuador, Chile, Brasil, Argentina, Canadá, Guatemala, Jamaica, Filipinas, Corea, India, Tanzania, Burkina Faso, Sudáfrica, Malawi, Angola, Nigeria, Benín y República democrática del Congo. Como es tradicional, estuvo presente también una delegación ecuménica enviada por el patriarca Bartolomé I de Constantinopla.

Queridos hermanos y hermanas:

«Ya no os llamo siervos, sino amigos» (cf. *Jn* 15, 15). Sesenta años después de mi ordenación sacerdotal, siento todavía resonar en mi interior estas palabras de Jesús, que nuestro gran arzobispo, el cardenal Faulhaber, con la voz ya un poco débil pero firme, nos dirigió a los nuevos sacerdotes al final de la ceremonia de ordenación. Según las normas litúrgicas de aquel tiempo, esta aclamación significaba entonces conferir explícitamente a los nuevos sacerdotes el mandato de perdonar los pecados. «Ya no siervos, sino amigos»: yo sabía y sentía que, en ese momento, esta no era sólo una palabra «ceremonial», y era también algo más que una cita de la Sagrada Escritura. Era bien consciente: en este momento, él mismo, el Señor, me la dice a mí de manera totalmente personal. En el Bautismo y la Confirmación, él ya nos había atraído hacia sí, nos había acogido en la familia de Dios. Pero lo que sucedía en aquel momento era todavía algo más. Él me llama amigo. Me acoge en el círculo de aquellos a los que se había dirigido en el Cenáculo. En el grupo de los que él conoce de modo particular y que así llegan a conocerlo de manera particular. Me otorga la facultad, que casi da miedo, de hacer aquello que sólo él, el Hijo de Dios, puede decir y hacer legítimamente: Yo te perdono tus pecados. Él quiere que yo —por mandato suyo— pronuncie con su «Yo» unas palabras que no son únicamente palabras, sino acción que produce un cambio en lo más profundo del ser. Sé que tras estas palabras está su Pasión por nuestra causa y por nosotros. Sé que el perdón tiene su precio: en su Pasión, él descendió hasta el fondo oscuro y sucio de nuestro pecado. Bajó hasta la noche de nuestra culpa, que sólo así puede ser transformada. Y, mediante el mandato de perdonar, me permite asomarme al abismo del hombre y a la grandeza de su padecer por nosotros los hombres, que me deja intuir la magnitud de su amor. Él se fía de mí: «Ya no siervos, sino amigos». Me confía las palabras de la consagración en la Eucaristía. Me considera capaz de anunciar su Palabra, de explicarla rectamente y de llevarla a los hombres de hoy. Él se abandona a mí. «Ya no sois siervos, sino amigos»: esta es una afirmación que produce una gran alegría interior y que, al mismo tiempo, por su grandeza, puede hacernos estremecer a través de las décadas, con tantas experiencias de nuestra propia debilidad y de su inagotable bondad.

«Ya no siervos, sino amigos»: en estas palabras se encierra todo el programa de una vida sacerdotal. ¿Qué es realmente la amistad? *Idem velle, idem nolle*, querer y no querer lo mismo, decían los antiguos. La amistad es una comunión en el pensamiento y el deseo. El Señor nos dice lo mismo con gran insistencia: «Conozco a los míos y los míos me conocen» (cf. *Jn* 10, 14). El Pastor llama a los suyos por su nombre (cf. *Jn* 10, 3). Él me conoce por mi nombre. No soy un ser anónimo cualquiera en la inmensidad del universo. Me conoce de manera totalmente personal. Y yo, ¿lo conozco a él? La amistad que él me ofrece sólo puede significar que también yo trate siempre de conocerlo mejor; que yo, en la Escritura, en los sacramentos, en el encuentro de la oración, en la comunión de los santos, en las personas que se acercan a mí y que él me envía, me esfuerce siempre por conocerlo cada vez más. La amistad no es solamente conocimiento; es sobre todo comunión del deseo. Significa que mi voluntad crece hacia el «sí» de la adhesión a la suya. En efecto, su voluntad no es para mí una voluntad externa y extraña, a la que me doblego más o menos de buena gana. No, en la amistad mi voluntad se une a la suya a medida que va creciendo; su voluntad se convierte en la mía, y justo así llego a ser yo mismo. Además de la comunión de pensamiento y voluntad, el Señor menciona un tercer elemento nuevo: Él da su vida por nosotros (cf. *Jn* 15, 13; 10, 15). Señor, ayúdame a conocerte cada vez mejor. Ayúdame a estar cada vez más unido a tu voluntad. Ayúdame a vivir mi vida, no para mí mismo, sino junto contigo para los demás. Ayúdame a ser cada vez más tu amigo.

Sigue en la página 12

Ya no siervos, sino amigos

Viene de la página 11

Las palabras de Jesús sobre la amistad están en el contexto del discurso sobre la vid. El Señor enlaza la imagen de la vid con una tarea que encomienda a los discípulos: «Os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca» (*Jn* 15, 16). El primer cometido que da a los discípulos —a los amigos— es ponerse en camino, salir de sí mismos e ir hacia los demás. Podemos oír juntos aquí también las palabras que el Resucitado dirige a los suyos, con las que san Mateo concluye su Evangelio: «Id y enseñad a todos los pueblos...» (cf. *Mt* 28, 19 s). El Señor nos exhorta a superar los confines del ambiente en que vivimos, a llevar el Evangelio al mundo de los demás, para que impregne todo y así el mundo se abra para el reino de Dios. Esto puede recordarnos que Dios mismo ha salido de sí, ha abandonado su gloria, para buscarnos, para traernos su luz y su amor. Queremos seguir al Dios que se pone en camino, superando la pereza de quedarnos cómodos en nosotros mismos, para que él mismo pueda entrar en el mundo.

Después de la palabra sobre ponerse en camino, Jesús continúa: dad fruto, un fruto que permanezca. ¿Qué fruto espera él de nosotros? ¿Cuál es el fruto que permanece? Pues bien, el fruto de la vid es la uva, de la que luego se hace el vino. Reflexionemos un momento sobre esta imagen. Para que una buena uva madure, se necesita sol, pero también lluvia, el día y la noche. Para que madure un vino de calidad, hay que prensar la uva, se requiere la paciencia de la fermentación, los atentos cuidados que sirven a los procesos de maduración. Un vino de clase no solamente se caracteriza por su dulzura, sino también por la riqueza de los matices, la variedad de aromas que se han desarrollado en los procesos de maduración y fermentación. ¿Acaso no es esta una imagen de la vida humana, y particularmente de nuestra vida de sacerdotes? Necesitamos el sol y la lluvia, la serenidad y la dificultad, las fases de purificación y prueba, y también los tiempos de camino alegre con el Evangelio. Volviendo la mirada atrás, podemos dar gracias a Dios por ambas cosas: por las dificultades y por las alegrías, por las horas oscuras y por las felices. En las dos reconocemos la presencia constante de su amor, que nos lleva y nos sostiene siempre de nuevo.

Ahora, sin embargo, debemos preguntarnos: ¿Qué clase de fruto es el que espera el Señor de nosotros? El vino es imagen del amor: este es el verdadero fruto que permanece, el que Dios quiere de nosotros. Pero no olvidemos que, en el Antiguo Testamento, el vino que se espera de la uva selecta es sobre todo imagen de la justicia, que se desarrolla en una existencia vivida según la ley de Dios. Y no digamos que esta es una visión veterotestamentaria ya superada: no; sigue siendo siempre verdadera. El auténtico contenido de la Ley, su *summa*, es el amor a Dios y al prójimo. Este doble amor, sin embargo, no es simplemente algo dulce. Conlleva en sí la carga de la paciencia, de la humildad, de la maduración de nuestra voluntad en la formación e identificación con la voluntad de Dios, la voluntad de Jesucristo, el Amigo. Sólo así, en el hacerse todo nuestro ser verdadero y recto, también el amor es verdadero; sólo así es un fruto maduro. Su exigencia intrínseca, la fidelidad a Cristo y a su Iglesia, requiere que se cumpla siempre también en el sufrimiento. Precisamente de este modo, crece la verdadera alegría. En el fondo, la esencia del amor, del verdadero fruto, se corresponde con las palabras sobre el ponerse en camino, sobre el salir: amor significa abandonarse, entregarse; lleva en sí el signo de la cruz. En este contexto, san Gregorio Magno dijo una vez: Si tendéis hacia Dios, tened cuidado de no alcanzarlo solos (cf. *H Ev* 1, 6, 6: *PL* 76, 1097 s); una palabra que nosotros, como sacerdotes, hemos de tener presente íntimamente cada día.

Queridos amigos, quizás me he entretenido demasiado con la memoria íntima sobre los sesenta años de mi ministerio sacerdotal. Es hora de pensar en lo que es propio de este momento.

En la solemnidad de San Pedro y San Pablo Apóstoles, dirijo ante todo mi más cordial saludo al patriarca ecuménico Bartolomé I y a la delegación que ha enviado, y a la que agradezco vivamente su grata visita en la gozosa celebración de los Santos Apóstoles patronos de Roma. Saludo cordialmente también a los señores cardenales, a los hermanos en el episcopado, a los señores embajadores y a las autoridades civiles, así como a los sacerdotes, religiosos y fieles laicos. Agradezco a todos su presencia y su oración.

A los arzobispos metropolitanos nombrados desde la última fiesta de los grandes Apóstoles, les será impuesto ahora el palio. ¿Qué significa? Nos puede recordar ante todo el suave yugo de Cristo que se nos pone sobre los hombros (cf. *Mt* 11, 29 s). El yugo de Cristo es idéntico a su amistad. Es un yugo de amistad y, por tanto, un «yugo suave», pero precisamente por eso es también un yugo que exige y que plasma. Es el yugo de su voluntad, que es una voluntad de verdad y amor. Así es también para nosotros sobre todo el yugo de introducir a otros en la amistad con Cristo y de estar a disposición de los demás, de cuidar de ellos como pastores. Con esto hemos llegado a un ulterior significado del palio: está tejido con la lana de corderos que son bendecidos en la fiesta de santa Inés. Nos recuerda de este modo al Pastor que se convirtió él mismo en cordero por amor nuestro. Nos recuerda a Cristo que se encaminó por las montañas y los desiertos en los que su cordero, la humanidad, se había extraviado. Nos recuerda a él, que ha tomado el cordero, la humanidad —a mí— sobre sus hombros, para llevarme de nuevo a casa. De este modo, nos recuerda que, como pastores a su servicio, también nosotros hemos de llevar a los demás, cargándolos, por así decir, sobre nuestros hombros y llevarlos a Cristo. Nos recuerda que podemos ser pastores de su rebaño, que sigue siendo siempre suyo, y no se convierte en nuestro. Por último, el palio significa muy concretamente también la comunión de los pastores de la Iglesia con Pedro y con sus sucesores; significa que tenemos que ser pastores para la unidad y en la unidad, y que sólo en la unidad de la cual Pedro es símbolo guiamos realmente hacia Cristo.

Sesenta años de ministerio sacerdotal. Queridos amigos, tal vez me he extendido demasiado en los detalles. Pero en esta hora me he sentido impulsado a mirar lo que ha caracterizado estas décadas. Me he sentido impulsado a deciros —a todos los sacerdotes y obispos, así como también a los fieles de la Iglesia— una palabra de esperanza y aliento; una palabra, madurada en la experiencia, sobre el hecho de que el Señor es bueno. Pero, sobre todo, este es un momento de gratitud: gratitud al Señor por la amistad que me ha ofrecido y que nos quiere ofrecer a todos. Gratitud a las personas que me han formado y acompañado. Y en todo ello se esconde la plegaria de que un día el Señor, en su bondad, nos acoja y nos haga contemplar su alegría. Amén.